

V. ORACIÓN Y FERVOR

«Sta. Teresa se levantó de su lecho de muerte para terminar su obra. Inspeccionó, con toda la rapidez de su mirada y su amor por el orden, toda la casa en la que había sido llevada para morir. Vio que todo estuviera en su lugar apropiado, y que cada una respondiera a su orden adecuado, tras lo cual asistió a los oficios divinos del día. Luego volvió a su cama, reunió a sus hijas a su alrededor... y, con la más penitencial de las oraciones penitenciales de David en sus labios, Teresa de Jesús salió al encuentro de su Esposo.» — ALEJANDRO WHYTE.

La oración sin fervor no arriesga nada en el asunto, porque no tiene nada que arriesgar. Viene con las manos vacías. Manos que también están sin energía, además de vacías, que nunca han aprendido la lección de aferrarse a la Cruz.

La oración sin fervor no tiene corazón; es una cosa vacía, un vaso indigno. El corazón, el alma y la vida deben encontrar lugar en toda oración real. El cielo debe sentir la fuerza de este clamor a Dios.

Pablo fue un ejemplo notable del hombre que poseía un espíritu de oración ferviente. Su súplica era absorbente, centrada inamoviblemente en el objeto de su deseo, y en el Dios que era capaz de satisfacerlo.

Las oraciones deben estar al rojo vivo. Es la oración ferviente la que es eficaz y que aprovecha. La frialdad del espíritu obstaculiza la oración; la oración no puede vivir en una atmósfera invernal. Los ambientes fríos congelan la súplica y secan los manantiales de la petición. Se necesita fuego para que las oraciones asciendan. El calor del alma crea una atmósfera favorable a la oración, porque es favorable al fervor. Por la llama, la oración asciende al cielo. Sin embargo, el fuego no es alboroto, ni el calor es ruido. El calor es intensidad: algo que brilla y arde. El cielo es un mercado muy pobre para el hielo.

Dios quiere siervos de corazón cálido. El Espíritu Santo viene como fuego para morar en nosotros; hemos de ser bautizados con el Espíritu Santo y con fuego. El fervor es calor del alma. Un temperamento flemático es aborrecible para la

experiencia vital. Si nuestra religión no nos enciende en fuego, es porque tenemos corazones congelados. Dios habita en una llama; el Espíritu Santo descende en fuego. Estar absorto en la voluntad de Dios, estar tan profundamente serio acerca de hacerla que todo nuestro ser se enciende, es la condición que califica al hombre que se involucraría en la oración eficaz.

Nuestro Señor nos advierte contra la oración débil. «Los hombres deben siempre orar», declara, «y no desmayar». Eso significa que debemos poseer suficiente fervor para llevarnos a través de los períodos severos y prolongados de la oración suplicante. El fuego vuelve a uno alerta y vigilante, y lo hace más que vencedor. La atmósfera que nos rodea está demasiado cargada de fuerzas resistentes para que las oraciones flácidas o lánguidas avancen. Se necesita calor, fervor y fuego meteórico para abrirse paso hasta los cielos superiores, donde Dios mora con sus santos, en luz.

Muchos de los grandes personajes bíblicos fueron ejemplos notables de fervor de espíritu al buscar a Dios. El Salmista declara con gran solemnidad:

«Mi alma se rompe por el anhelo que tiene hacia Tus juicios en todo tiempo.»

¡Qué fuertes deseos de corazón hay aquí! ¡Qué anhelos sinceros del alma por la Palabra del Dios vivo!

Un fervor aún mayor es expresado por él en otro lugar:

«Como el ciervo jadea por las corrientes de las aguas, así jadea mi alma por Ti, oh Dios. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo vendré y me presentaré delante de Dios?»

Esa es la palabra de un hombre que vivía en un estado de gracia, que había sido obrado profunda y sobrenaturalmente en su alma.

El fervor ante Dios cuenta en la hora de la oración, y encuentra una recompensa pronta y rica en Sus manos. El Salmista nos da esta declaración de lo que Dios había hecho por el rey, cuando su corazón se volvió hacia su Señor:

«Le has concedido el deseo de su corazón, y no le has negado la petición de sus labios.»

En otro momento, se expresa así directamente a Dios al presentar su petición:

«Señor, todo mi deseo está delante de Ti; y mi gemido no Te es oculto.»

¡Qué pensamiento tan alentador! Nuestros gemidos internos, nuestros deseos secretos, los anhelos de nuestro corazón, no están ocultos a los ojos de Aquel con quien tenemos que tratar en la oración.

El incentivo para el fervor de espíritu ante Dios es precisamente el mismo que para la oración continua y sincera. Si bien el fervor no es oración, se deriva de un alma sincera, y es precioso ante los ojos de Dios. El fervor en la oración es el precursor de lo que Dios hará en forma de respuesta. Dios está comprometido a darnos el deseo de nuestros corazones en proporción al fervor de espíritu que mostramos al buscar Su rostro en oración.

El fervor tiene su asiento en el corazón, no en el cerebro, ni en las facultades intelectuales de la mente. El fervor, por lo tanto, no es una expresión del intelecto. El fervor de espíritu es algo que trasciende con creces la fantasía poética o las imágenes sentimentales. Es algo más que una mera preferencia, el contrastar lo que gusta con lo que disgusta. El fervor es el latido y el gesto de la naturaleza emocional.

Quizás no esté en nuestro poder crear fervor de espíritu a voluntad, pero podemos orar a Dios para que lo implante. Entonces es nuestro deber nutrirlo y apreciarlo, guardarlo de la extinción, prevenir su disminución o declive. El proceso de la salvación personal no es solo orar, expresar nuestros deseos a Dios, sino adquirir un espíritu ferviente y buscar, por todos los medios apropiados, cultivarlo. Nunca está fuera de lugar orar a Dios para que engendre en nosotros, y mantenga vivo, el espíritu de oración ferviente.

El fervor tiene que ver con Dios, así como la oración tiene que ver con Él. El deseo siempre tiene un objetivo. Si deseamos algo, deseamos algo. El grado de fervor con el que moldeamos nuestros deseos espirituales siempre servirá para determinar la seriedad de nuestra oración. En esta relación, Adoniram Judson dice:

«Un espíritu de parto, los dolores de un gran deseo cargado, pertenecen a la oración. Un fervor lo suficientemente fuerte como para ahuyentar el sueño, que dedica e inflama el espíritu, y que aparta todos los lazos terrenales, todo esto pertenece a la oración de lucha y de victoria. El Espíritu, el poder, el aire y el alimento de la oración están en tal espíritu.»

La oración debe estar revestida de fervor, fuerza y poder. Es la fuerza que, centrada en Dios, determina el despliegue de Sí mismo para el bien terrenal. Los hombres que son fervientes en espíritu están empeñados en alcanzar la justicia, la verdad, la gracia y todas las demás gracias sublimes y poderosas que adornan el carácter del hijo de Dios auténtico e incuestionable.

Dios declaró una vez, por boca de un profeta valiente, a un rey que, en un tiempo, había sido fiel a Dios, pero que, por la llegada del éxito y la prosperidad material, había perdido su fe, el siguiente mensaje:

«Los ojos del Señor recorren toda la tierra, para mostrarse fuerte en favor de aquellos cuyo corazón es perfecto hacia Él. Aquí has obrado neciamente; por tanto, desde ahora tendrás guerras.»

Dios había escuchado la oración de Asa en los primeros tiempos de su vida, pero el desastre vino y el problema fue enviado, porque había abandonado la vida de oración y de fe sencilla.

En Romanos 15:30, tenemos la palabra «luchar», que aparece en la petición que Pablo hizo para la cooperación en la oración.

En Colosenses 4:12, tenemos la misma palabra, pero traducida de manera diferente: «Epafras, siempre trabajando fervientemente por vosotros en oración». Pablo les pidió a los romanos que «lucharan junto con él en oración», es decir, que lo ayudaran en su lucha de oración. La palabra significa entrar en un concurso, pelear contra los adversarios. Significa, además, comprometerse con celo ferviente para esforzarse por obtener.

Estos casos registrados del ejercicio y la recompensa de la fe nos hacen ver fácilmente que, en casi todos los casos, la fe se combinó con la confianza hasta

que no es demasiado decir que la primera fue absorbida por la segunda. Es difícil distinguir adecuadamente las actividades específicas de estas dos cualidades, la fe y la confianza. Pero hay un punto, más allá de toda duda, en el que la fe es relevada de su carga, por así decirlo; donde la confianza llega y dice: «¡Tú has hecho tu parte, el resto es mío!»

En el incidente de la higuera estéril, nuestro Señor transfiere el maravilloso poder de la fe a Sus discípulos. A su exclamación: «¡Qué pronto se secó la higuera!», Él dijo:

«Si tenéis fe, y no dudáis, no solo haréis esto que se hizo a la higuera, sino que si decís a este monte: Quítate y échate en el mar, será hecho. Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis.»

Cuando un creyente cristiano alcanza una fe de proporciones tan magníficas como estas, entra en el reino de la confianza implícita. Se mantiene sin temblor en la cúspide de su alcance espiritual. Ha alcanzado la verdadera piedra angular de la fe, que es la confianza inquebrantable, inalterable e inalienable en el poder del Dios vivo.